

# Las tierras sin forma

Alberto José Fleitas Rodríguez

# Las tierras sin forma

Alberto José Fleitas Rodríguez

Pseudónimo: Pensio

## LAS TIERRAS SIN FORMA

De pequeña, a Nerea le gustaba jugar con la tierra que su abuelo le traía de la montaña. Él atravesó un día el arco de madera vieja de la puerta de la casa, con un saco de esparto cargado a la espalda, y aquella visión despertó en ella tal sentimiento de fascinación y curiosidad, que ni siquiera le dejó sentarse a descansar las doloridas piernas en la cocina o darle un beso en la mejilla a la abuela, sino que lo acosó con incesantes preguntas sobre el contenido del saco y su origen. El abuelo, paciente y arrugado, con una parsimonia de gigante oxidado, le dijo que aquello que traía era tierra roja de la montaña, y que si la había traído consigo era para que ella la viese por primera vez. Fue así como, sin que nadie lo esperase y sin que nadie pudiese hacer nada, aquella misma mañana de principios de verano hubo de convertirse en el inicio de una historia de complicidad muda que se prolongaría durante años, pues Nerea, consumida en cuerpo y alma por su propio entusiasmo, agasajó y amasó aquella tierra con tanto fervor y se sintió tan dueña de su vida moldeando una parte del universo con sus manos inocentes, que a su abuelo no le quedó otro remedio que aceptar que aquello de transportar algo de tierra roja en el saco durante doce kilómetros iba a volverse una costumbre sin remedio y de la que jamás se iba a cuestionar el fundamento.

Aquel evento tuvo lugar cuando ella no tenía más que cinco años, y ya por aquel entonces, la pequeña nieta solía quedarse mañanas y tardes enteras en casa de sus abuelos, mientras que su madre trabajaba sin descanso en los tomateros hasta la caída del sol. Tras la llegada inesperada de la tierra roja, llegó también un hábito que para Nerea se volvió tan importante como el respirar: después del almuerzo, bajo la pesadez sofocante del mediodía, que sus abuelos aprovechaban para dormir siestas de faunos exhaustos, ella se sentaba en mitad del patio de la casa, colmado de frescas helechas y pitas savia verde. Allí, en un silencio sacramental, empapaba aquella tierra misteriosa con la cantidad precisa de agua que requería para que se pudiese formar barro, y cuando la mezcla estaba bien hecha,

empezaba a moldear figuras al azar, dejándose llevar por el simple placer de ver sus dedos deslizarse con la delicadeza de un níspero maduro sobre la piel morena de la arcilla virgen. Al principio, todo se redujo a bolas, triángulos y churros de fragilidad temerosa, pero tras dominar las formas primigenias, Nerea pasó a intentar dar lugar a obras más complejas.

Aquellas figuras que vinieron después fueron feas y desproporcionadas. Resultaba difícil imaginar que tales criaturas inertes, sin relación alguna con la realidad, hubiesen sido concebidas por la mente ingenua de una niña de ocho años. Sin embargo, a medida que practicaba, día tras día y verano tras verano, fue mejorando su habilidad con las manos, y lo que antes habían sido amalgamas faltas de armonía, se convirtieron después en bellas mujeres de gesto olvidado, en hombres de pasado casi antediluviano y en animales con detalles tan cuidados que parecían haber sido concebidos con el mismo nervio con el que los dedos de Dios habían sido capaces de crear el mundo en seis días.

Sus abuelos, desde el principio guardas silenciosos del desarrollo de su nieta, no tardaron en darse cuenta de que a ella se le daba cada vez mejor aquella tarea parsimoniosa, y por su octavo cumpleaños, con unos pequeños ahorros y sin que su madre lo supiese, le regalaron, con ese anhelo de esperanza irremediable que se fragua en la vejez, un libro de instrucción, un caballete con plataforma giratoria, palillos para modelar, un rodillo y todos los utensilios que el dependiente de la tienda de arte les dijo que eran indispensables para todo aquel que aspirase a tomarse la escultura con arcilla como una vocación personal.

Nerea mejoró mucho. Donde antes era posible apreciar minúsculas impurezas, pero impurezas, al fin y al cabo, ahora, con aquellas herramientas que sus abuelos le habían regalado, emergía de las figuras, casi como un aura divina, un trazado fino, seguro, elegante como un cisne en su cristalino lecho de muerte, y aquel perfeccionamiento de la técnica hizo florecer en sus abuelos la sensación de que su nieta iba a ser feliz durante toda su vida siempre y cuando pudiese canalizar lo que sintiese a través del barro.

Aquellas sofocantes noches de verano, cuando la madre de Nerea ya la había recogido y llevado a su casa, los ancianos se sentaban a hablar de ella con la tranquilidad total que suponía para ellos el beber agua guisada antes de acostarse. Ponían la figura ya seca delante de ellos y, como dos niños contemplando la noche infinita, intentaban encontrarle defectos, o algunas veces incluso descubrir quién podía ser, en caso de que se tratase de una persona, pero a pesar de sus esfuerzos, raras veces lo conseguían y el abuelo siempre llegaba a la misma conclusión: “llegará el día en que tenga que cambiar de tierra”, y su abuela, no por falta de criterio, sino por acuerdo, lo secundaba.

Fue de esta manera que el dominio de Nerea sobre la materia prima alcanzó una delicadeza y maestría de mariposa monarca bañada en la luz de la primavera, como si aquella tarea fuese algo natural en ella, una extensión más de su pensamiento o una manifestación material de su espíritu, casi un estado de ánimo. Las más bellas figuras nacían de sus dedos cada vez que se sentaba a trabajar en la frescura infantil del patio, en un éxtasis y explosión de creatividad pocas veces visto, pero un día, de la misma manera inesperada en que todo había comenzado, todo acabó.

A finales del verano en que Nerea iba a cumplir once años, bajo la luz naranja de un atardecer que ahogó las nubes en un mar de melancolía, su abuelo, con un suspiro de ángel cansado que pareció recorrer todos los recovecos de la casa antes de desaparecer sin dejar estela alguna entre los helechos que había heredado de su padre, murió de viejo y sin poder mirar una última vez las figuras de su nieta. Su cuerpo resquebrajado por la edad se quedó acurrucado por siempre entre los brazos de la madre eternidad.

A partir de aquel momento, aquellos mismos helechos, tan viejos y grandes que eran casi prehistóricos, se marchitaron sin remedio, las pitas savias se secaron para siempre y Nerea no volvió a tocar el barro, como si este hiciera aflorar en su pecho horribles espinas negras. El libro, el caballete, los palillos y los rodillos que habían constituido su formación más preciada fueron relegados sin piedad a la oscuridad del trastero y a la catástrofe de un olvido que solo ella era capaz de comprender. Nadie pudo volver a hablarle sobre lo bonitas

que eran sus figuras o sobre el simple hecho de modelar arcilla; fue como cortar la rama más frondosa y bella de un árbol sin que esta tuviese siquiera el tiempo de llorar savia.

Nerea negó todo lo que había creado, y el único testimonio que quedó de aquellos años de felicidad ininterrumpida, de plenitud de mediodía y de infancia agasajada, fueron las figuras, que su abuela jamás se atrevió a quitar de las estanterías o a abandonar a la voracidad del tiempo hasta el mismísimo día en que se desvaneció como el abuelo, algunos años después.

Con la pérdida de la persona que había sido el origen de su pasión y prodigio, el carácter de Nerea sufrió grandes cambios. Se volvió independiente, encontró un refugio a su dolor en destacar en la escuela y, contra el humilde y sincero pronóstico de su madre, continuó estudiando y estudiando. Su madre nunca se preocupaba por cómo le iba en colegio o en el instituto, siempre confiando en la buena fe de su hija y en un trabajo asegurado en las plantaciones de tomates, como ella. Pero Nerea, y esto era algo de lo que sus abuelos se habían percatado desde el primer momento, era víctima de una curiosidad casi crónica. Muchas cosas del mundo llamaban su atención, y su mayor don era encontrar, con la gracilidad de un colibrí extasiado, la relación que había entre diferentes elementos e intentar entenderlos. Ella, lo quisiese o no, había nacido con una sensibilidad especial que, hasta la muerte de su abuelo, se había reflejado en las figuras de arcilla. Sin embargo, a partir de ese fatídico momento, esa sensibilidad se vio forzada a encontrar otras vías más íntimas por las que manifestarse.

Un día, en el recreo, mientras todos los demás niños saltaban a la comba, jugaban al fútbol o a las cogidas, haciendo un ruido más grande que el de cualquier ejército endemoniado, ella se quedó sentada en el parterre sobre una piedra plana, observando en silencio el enigmático estatismo de un saltamontes asustado, y cuando llegó el final del recreo, su desayuno seguía intacto y ella estaba todavía allí, intentando descifrar cómo aquel frágil bichito había llegado al mismo rincón del planeta que sus ojos contemplaban con un rigor de cronista bíblico.

Aquella sensibilidad suya no tardó en encontrar una enorme fuente de sustento en estudios de humanidades, y los profesores tampoco necesitaron mucho tiempo para darse cuenta del potencial de Nerea. Llamaron a su madre para decirle que encontrarían los medios que hiciesen falta para que pudiese llegar a la universidad sin poner en riesgo el sustento del hogar, pues era sabido por todos que su madre se encargaba de educar, alimentar y mantener a Nerea solo con los pocos ingresos que obtenía de los tomateros, y si a ello se le sumaba el gasto de tener que ir a la capital todos los días durante los dos años de bachillerato, sería imposible para ella poder pagarlo. De modo que se pusieron en contacto con diferentes asociaciones y organismos y, con algo de suerte, Nerea pudo cursar bachillerato por medio de una beca.

El día del examen de acceso a la universidad, Nerea lloró mientras hacía la prueba de historia del arte y tuvo que disculparse ante los examinadores por entregar los folios llenos de manchas de tinta corrida. Un dolor que había creído enterrado para siempre en lo más profundo de sus recuerdos emergió sin compasión alguna en el momento en el que se dio cuenta de que lo que tenía que analizar era una escultura. Durante los primeros diez minutos no supo contenerse ni gestionar todo aquello que le oprimía el pecho, pero tras decirse a sí misma que no podía fallarle al vivo recuerdo de su abuelo ni a la belleza de los helechos ya marchitos, hizo el mejor examen de toda la isla sin que en ningún momento dejaran de salir lágrimas de sus ojos de artista renegada.

Los resultados de las pruebas no tardaron en llegar, y Nerea hubo de recordar para siempre cómo su madre no entendía muy bien de qué era cada nota o cómo funcionaba todo aquello, pero sí que sonreía, sonreía de felicidad y de euforia ante la determinación de su hija, ante la voluntad heredada de su abuelo, ante el hecho de que Nerea iba a ser la primera de toda la familia en ir a la universidad.

El primer día en la facultad todo le pareció nuevo, extraño. Incluso el edificio, que no era el mejor que se podía esperar, le causó un gran impacto al compararlo con el recuerdo de todos aquellos sitios en los que había estado hasta entonces. Los compañeros pensaron

que era rara y demasiado reservada durante el primer semestre. Ella apenas hablaba con nadie, solo cuando era estrictamente necesario, y la mayor parte de su día se le iba en leer libros prestados en la biblioteca y dar paseos por las calles de la ciudad para matar las horas ya muertas, esperando descubrir cada día un sitio nuevo, pero jamás gastando el poco dinero que llevaba encima en cafés o caprichos, por mucho que los escaparates la invitasen a ello.

No obstante, con la llegada de los exámenes, Nerea se vio forzada a hablar con sus compañeros. Con solo quince minutos de charla antes de la prueba, todos quedaron fascinados por lo que decía y por cómo lo decía. Su voz y su dicción, forjadas ambas en la introspección y la lectura, cautivaban de manera natural las orejas ajenas; y Nerea se dio cuenta de que estaba desprendiendo algo parecido al aura de sus antiguas esculturas de barro.

Ese día marcó un punto de inflexión en su relación con los compañeros de clase. Si bien sabía que llevarse bien con todos era un imposible, un grupo de seis amigos se gestó a lo largo de todo el segundo semestre, y muchas tardes la invitaban a tomar café y a hablar de las cosas que compartían casi sin quererlo. Ella era la rara del grupo porque siempre se tomaba el café negro y sin añadirle azúcar porque lo había leído en un libro que le gustaba mucho, y todos le decían que no fuese ingenua, que algo que se leía un libro no podía ser tomado tan estrictamente como ella lo hacía.

Su madre fue la que percibió más cambios en Nerea desde su llegada a la universidad. Siempre la había visto desde la lejanía de una maternidad dedicada al trabajo y al hogar y siempre la había considerado como una niña poco feliz desde la muerte del abuelo. Pero si había algo la reconfortaba ahora, era el cómo había cambiado: su carácter se había vuelto más sociable y tenía la sensación de que podía hablar de cualquier cosa con ella que siempre encontraría, si no una respuesta, por lo menos algo de comprensión y consejo. Además, cada vez que llegaba muerta de cansancio tras las largas horas en la



capital y tras un incómodo viaje en guagua, percibía en ella un cierto entusiasmo que solo recordaba de su propia juventud, antes de comenzar a trabajar sin parar.

Los años, como granos de arena cálida que se deslizan por la palma de la mano, se fueron sin hacer ruido, llevados en silencio por las estaciones y los días, y el último año de carrera llegó sin previo aviso para ejercer una presión enorme sobre Nerea. Por un lado, innumerables horas de prácticas, y por otro, la sensación de no tener tiempo libre porque el Trabajo de Fin de Grado ocupaba sus pensamientos. Pero lo peor de aquel año fue no saber qué hacer con su futuro una vez le diesen el diploma, una vez se acabase todo. Sabía que su vida cambiaría de alguna manera, pero no sabía en qué dirección. La idea de un máster, aunque a muchos de sus compañeros se les hacía impensable, a ella no terminaba de desagradarle del todo, pero las opciones eran demasiadas y el tiempo para analizar cada una de ellas parecía escurrirse sin remedio.

Lo consultó con su madre y esta le dijo que no se preocupase por ella, que estaba preparada para la vejez y que sabía que no la iba a perder por muy lejos que estuviese. Incluso le dijo que tomaría cursos de Skype, si hacía falta, para poder hablar con ella.

Nerea acabó la carrera con uno de los mejores expedientes de toda la generación. Aceptaron su matrícula en un máster en Francia y lloró, lloró como nunca lo había hecho por el duro recorrido que había supuesto todo. Y aquel mismo día, en el susurro atlántico del viento, creyó oír algo que tantos años atrás había sonado entre los helechos prehistóricos, entre las pitas de savia verde y entre los muros de la casa antigua en la que se había criado: el día en el que tenía que cambiar de tierra había llegado. Pero no estaba triste, el verano llegaba, como cuando iba a casa de sus abuelos, y algo maravilloso, anclado en los más vívidos recuerdos, invadió su corazón, algo que le decía que no se preocupase; quizás la tierra de la montaña nunca se había ido, quizás la tierra de la montaña no eran solo las esculturas, quizás la tierra de la montaña era también ella, y su obra más importante no hacía más que comenzar, su obra más importante nunca se había detenido. Era ella ahora

una artista consagrada en cuerpo y alma a la obra maestra que solo a ella pertenecía: su vida.